

CAPÍTULO XV - POLÍTICA ECOSOCIAL EN ARGENTINA



Ecologismo y proyecto nacional



Como fruto de una verdadera sobretensión económica y social, y también ambiental (no tan visible, pero indudablemente presente) nuestra sociedad se encuentra empujada más allá de sus umbrales de estabilidad y paralizada por una creciente y absurda intolerancia que nos conduce a una definitiva frustración. Frente a ello, las propuestas que emergen de las ideologías tradicionales y sus expresiones político-partidarias se han tornado absolutamente anacrónicas e inconducentes. Nuestra sociedad, traumatizada por crecientes conflictos políticos necesita catalizadores para recuperar la cohesión, sus capacidades organizativas y creativas.

Es en ese contexto que el ecologismo emerge como proyecto nacional al proponer a la convivencialidad como categoría fundamental y a la construcción de una Argentina socialmente justa, económicamente independiente, políticamente soberana y ecológicamente prudente, como la empresa conjunta, la idea fuerza, el catalizador que logrará unirnos en busca de nuestro destino común.

La *Ecología Política* propone una nueva visión para un nuevo mundo, capaz de guiarnos en la difícil transición hacia un nuevo sistema energético; hacia una nueva teoría de la justicia, una nueva teoría económica y una reconstrucción política. Levantando el valor del vivir bien, juntos en la equidad; dando prioridad a la sociedad y terminando con el desorden histórico provocado por la prioridad otorgada a la economía, el ecologismo plantea un proyecto nacional que es impulsado por el sentido de solidaridad inter e intrageneracional, y nuestra responsabilidad para con el país y con el devenir histórico del mundo; un mundo que se dirige hacia una monumental transformación, hacia una bifurcación en la que la opción será evolución o decadencia.

La cuestión ecosocial en el pensamiento nacional



El pensamiento nacional,¹ caracterizado por su visión desarrollista, ha conferido centralidad a la búsqueda de los caminos más adecuados para alcanzar un desarrollo independiente en el contexto de la división internacional del trabajo, visión desarrollista que incluye dos dimensiones que operan simultáneamente: la defensa del patrimonio natural del país, frente a la economía de rapiña impuesta por los países centrales y la aspiración de alcanzar una utilización intensiva de esos recursos naturales dentro de un proyecto nacional.

El General Enrique Mosconi sintetiza las dos posiciones del pensamiento nacional frente a la defensa y aprovechamiento de los recursos naturales de la siguiente manera:

¹ Al igual que en el resto de Latinoamérica, existe en Argentina una corriente de pensamiento “nacional” (no colonial) que se contrapone a aquellas corrientes de pensamiento cuyo común denominador es la defensa de las estructuras y superestructuras que garantizan la dependencia cultural, política, económica y social del país

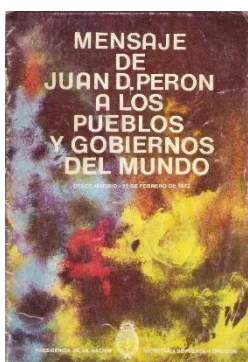
Resulta inexplicable la existencia de ciudadanos que quieren enajenar nuestros depósitos de petróleo acordando concesiones de exploración y explotación al capital extranjero, para favorecer a éste con las crecidas ganancias que de tal actividad se obtiene, en lugar de reservar en absoluto tales beneficios para acrecentar el bienestar moral y material del pueblo argentino. Porque entregar nuestro petróleo es como entregar nuestra bandera.

En igual dirección se inscribe el pensamiento de Arturo Jauretche cuando afirma que:

En el territorio más rico de la tierra vive un Pueblo pobre, mal nutrido y con salarios de hambre. Hasta que los argentinos no recuperemos para la Nación y el Pueblo el dominio de nuestras riquezas, no seremos una Nación soberana ni un Pueblo feliz.

También vamos a encontrar esta línea de pensamiento en los referentes del *neoextractivismo progresista* latinoamericano.

Frente a ello, el ecologismo político encuentra puntos de coincidencia cuando se plantea la defensa de la heredad natural; pero discrepa a la hora de validar políticas nacionales que, aun cuando cambian el destino de la renta extractivista, desde economías concentradas hacia políticas sociales, no cambian en nada los impactos inherentes a las insostenibles modalidades de producción.



Ha sido el General Perón, con su *Mensaje a los Pueblos y Gobiernos del Mundo* (1972) y con *El Modelo Argentino para el Proyecto Nacional* (1974), quien introdujo la dimensión ecológica en el pensamiento nacional. Este aporte reconoce su origen en la etapa que le toca vivir en las décadas de los años 1960 y 1970, durante su exilio en España, cuando es testigo del nacimiento del ecologismo político en Europa. Perón advierte -tempranamente- que la cuestión ambiental no era un problema más de la humanidad, sino que era el verdadero problema y que estaba llamada a cambiar significativamente el eje de debate político a nivel nacional e internacional. Sus planteos son los que tienden los puentes que posibilitan una convergencia con el ecologismo al instalar la idea de la defensa de los recursos naturales frente a las apetencias de las potencias centrales, pero no en una defensa para hacer con ellos un extractivismo por propia mano, como hoy -lamentablemente- se ha instalado en muchas de las corrientes nacionales y populares en Latinoamérica; sino para garantizar una utilización soberana y racional de los recursos naturales, tal como lo sintetizaba al afirmar que:

Debemos cuidar nuestros recursos naturales con uñas y dientes de la voracidad de los monopolios internacionales que los buscan para alimentar un tipo absurdo de industrialización y desarrollo en los centros de alta tecnología donde rige la economía de mercado...

Advirtiendo que:

...de nada vale que evitemos el éxodo de nuestros recursos naturales si seguimos aferrados a métodos de desarrollo, preconizados por esos mismos monopolios, que significan la negación de un uso racional de aquellos recursos.

Para Perón

...cada nación tiene derecho al uso soberano de sus recursos naturales. Pero, al mismo tiempo, cada gobierno tiene la obligación de exigir a sus ciudadanos el cuidado y utilización racional de los mismos. El derecho a la subsistencia individual impone el deber hacia la supervivencia colectiva, ya se trate de ciudadanos o pueblos.

Allí reside el núcleo del planteamiento que puede ayudar a una tan urgente como necesaria convergencia de las diferentes corrientes del ecologismo con las corrientes nacionales y populares; convergencia que permitirá salir de un esquema político que ya no puede dar solución a las nuevas y complejas demandas de la sociedad y que resulta clave para generar la fuerza política capaz de cambiar el actual rumbo de insostenibilidad.

La división es clara, o se ignora que existe una amenaza real, un peligro mayor que se cierne sobre todos los habitantes de la Tierra en la forma de una crisis ecosocial global y se sigue haciendo politiquería o se hace política con mayúsculas asumiendo la realidad y afrontando decididamente la contradicción suprema establecida a partir de la conflictiva interacción entre sociedad y naturaleza.

Así como el pensamiento nacional reconoce sus orígenes en los ideales de la Revolución de Mayo y la Guerra por la Independencia; así como más tarde fueron las reivindicaciones sociales las que realimentaron su carácter revolucionario; hoy es el ideario ecologista el que puede volver a conferir ese carácter revolucionario en tanto es el que permite ofrecer verdaderas y efectivas respuestas frente a la agudización de las múltiples y entrelazadas crisis ecosociales; respuestas que el pensamiento nacional no puede ofrecer a menos que tome conciencia sobre la finitud de los recursos biofísicos y de los servicios ecosistémicos que hacen posible, no solo el funcionamiento de la economía, sino de la vida misma y transformen esa toma de conciencia sobre la finitud de nuestra casa común y sus límites biofísicos, en una nueva noción de progreso, dejando atrás aquella que lo asimila al permanente rebasamiento de límites para entenderlo como sinónimo de la capacidad de adaptación a aquellos límites que no deben ser rebasados.

Para retomar la senda revolucionaria, el pensamiento nacional debe romper con la obsesión crecientista y tomando conciencia de la existencia de restricciones cuantitativas que impone la ecósfera y de las consecuencias trágicas de los excesos, de tal manera de poder prepararse para cambios inminentes e inevitables.

Si bien en la matriz ideológica de las corrientes nacionales y populares se encuentra el enfrentamiento con el pensamiento neocolonial y los intereses de los grupos privilegiados, no ocurre lo mismo con la necesidad de dejar atrás el ideario productivista/consumista y

producir cambios radicales en nuestra forma de vida y los valores que la guían, cuestión que –hasta el presente– ha impedido que maduren las condiciones para producir un indispensable cambio de rumbo.

Por más que se apele a declaraciones pobladas de buenas intenciones y superpobladas de menciones a un idílico “desarrollo sostenible”, para las diferentes corrientes de pensamiento nacional, el paradigma dominante sigue siendo el mismo. Se habla de ecología y ambiente, pero se piensa y actúa con una concepción productivista, incapaz de dar respuesta a la crisis ecosocial de la cual es responsable.

Frente a la impotencia que han generado décadas de promesas incumplidas y de recetas únicas que solo han servido para multiplicar las crisis, emerge una nueva corriente de pensamiento capaz de terminar con el vaciamiento de la política para pasar a ocuparse de su contenido, capaz de poner fin a la perpetua competencia por el poder entre hombres y partidos intercambiables y alternantes, mientras se deja a la sociedad sin proyecto y liberada a las fuerzas del mercado, sumergida en una cultura productivista y consumista que inevitablemente conduce a la agudización de las crisis ecosociales.

Es en tal escenario donde el ecologismo puede ayudar a despertar en el pensamiento nacional una conciencia ética ecológica que le permita cambiar la anacrónica visión desarrollista que lo caracteriza por la de un “*ecodesarrollo*” en el que la producción, el consumo, la organización y desarrollo tecnológico puedan satisfacer las necesidades esenciales, racionando el consumo de recursos naturales y disminuyendo al mínimo posible la contaminación ambiental; un *ecodesarrollo* orientado por el principio de la justicia social, en armonía con la naturaleza y no en una guerra contra ella, un *ecodesarrollo* humanista en el que la ciencia y la técnica se reorienten dentro de los criterios ecológicos que garantizan la reproducción del capital natural, dejando de estar al servicio de una lógica de infinita acumulación del capital económico, que nunca derrama y que además aliena, destruye la naturaleza y envenena el ambiente. Un *ecodesarrollo* basado en economías más locales, centradas en las comunidades y con un poder político que esté realmente más cercano a la población.

Por una patria justa, independiente, soberana y ecológicamente prudente

En nuestro país los debates sobre la cuestión económica y social, raramente se vinculan al ininterrumpido saqueo de los sistemas ecológicos y sus desastrosas consecuencias; a las inequívocas señales de deterioro de nuestros ecosistemas; nada se dice sobre la necesidad de proteger el patrimonio natural y ambiental de nuestra patria pese a que constituye nuestra heredad natural y su destino hace al destino de nuestro país.

Aun discrepando sobre sus causas, la sociedad y sus dirigentes tienen cabal conciencia de la crisis socioeconómica en la que nos encontramos, pero están muy lejos de advertir que se está produciendo una peligrosa convergencia de la crisis socioeconómica con las cada vez más evidentes consecuencias de las crisis climática, biosférica y del modelo energético fosilista.

Frente a los problemas ambientales, sociales o económicos las políticas públicas responden en forma reactiva, tratándolos como casos aislados, poniendo parches a una realidad que cada día resulta mucho menos deseable, con altas y persistentes tasas de desempleo, aumento de la brecha entre ricos y pobres, crisis ambientales, y cada vez peores y más frecuentes crisis financieras, todo lo cual se traduce en profundos niveles de angustia para los individuos, las familias y las comunidades.

Tenemos que ser capaces de romper la generalizada creencia sobre la no existencia de alternativas al actual estado de cosas, tenemos que ser capaces de liberar un verdadero combate cultural promoviendo otra visión, convencidos de que es posible vivir de otra manera, y que esta otra manera puede ser más satisfactoria que la actualmente dominante.

Es en tal contexto que se requiere de una institucionalidad a nivel nacional capaz de dinamizar el urgente y necesario proceso de cambio, diseñando e impulsando un nuevo modelo de desarrollo acorde a las realidades biofísicas, socio-culturales e históricas del país, un *ecodesarrollo* en el que cobran relevancia cuatro ineludibles procesos de transición: energética, agroalimentaria, productiva y ecológica.

Resulta ineludible encaminarnos hacia una *transición ecosocial* capaz de transformar en hechos las políticas destinadas a construir una patria socialmente justa, económicamente independiente, políticamente soberana y ecológicamente prudente.

Política ambiental

Relativizando la existencia de límites biofísicos para el crecimiento, sin pretender dismantelar la superideología productivista, sin reconocer el valor intrínseco de la naturaleza y creyendo firmemente que la tecnología puede resolver los problemas que genera, a partir de la década del año 1990 se desplegaron políticas pretendidamente ambientales que solo lograron acumular resultados poco significativos, siendo marcadamente ineficaces para enfrentar las crisis ecosociales de nuestro país, pero terriblemente eficaces a la hora de validar nuestra prolongada marcha a contramano del desarrollo sostenible.

Una marcha en la que unos y otros, por encima de sus diferencias, han coincidido en su fervor fosilista apostando a convertirnos *-fracking* mediante— en la potencia petrolera de Latinoamérica y como si esto no fuera suficiente —irresponsablemente— todos han pretendido ampliar la generación eléctrica en base a anacrónicas infraestructuras de generación, como las megarepresas y las centrales nucleares. Mientras la seguridad alimentaria, en el *cenit petrolero*, exige el desarrollo de la agroecología, aquí se ha promovido un modelo de insostenibles monoculturas agroindustriales. Mientras la minería a gran escala —resabio y expresión del feroz extractivismo colonial— solo ha dejado sus irreversibles impactos ecosociales a los países periféricos que la han albergado, aquí se la ha promovido en todas las formas posibles. Mientras cada día se hace más urgente asegurar el suministro de agua, aquí se han privilegiado intereses inmobiliarios que atentan contra la existencia de los humedales o intereses mineros que atentan contra la existencia de los

glaciares. Mientras resulta fundamental la protección de los bosques nativos, aquí –en aras de un idílico desarrollo– se los ha destruido sin miramiento alguno.

La gran mayoría de la dirigencia política tradicional en Argentina considera el ambiente como a un factor secundario de la producción sin advertir que el ambiente es el recipiente que contiene, provee y sostiene toda la economía. Esta dirigencia ha optado por ignorar absolutamente el tema o abordarlo en forma confusa y sesgada hacia temas inconexos de la agenda ambiental, sin una visión realmente integradora, con un acercamiento meramente administrativo e invariablemente basado en respuestas tecnocráticas. Pese a sus diferencias, coinciden en suponer que todos y cada uno de los problemas ambientales pueden ser resueltos por la ciencia, el mercado o por ambos; sin advertir que los problemas ambientales son en realidad ecosociales, problemas que solo pueden ser superados mediante cambios radicales en nuestra relación con el mundo natural no humano y en nuestra forma de vida social y política.

Las llamadas políticas ambientales en Argentina solo han sido un conjunto de acciones reactivas por parte del Estado frente a la aparición de demandas ambientales, particularmente aquellas con gran impacto mediático. Así las cosas, más que políticas ambientales, asistimos a la puesta en práctica de verdaderos parches, medidas absolutamente descoordinadas, fruto del accionar de gobiernos que, en el mejor de los casos, actuaron reactivamente y que muchas veces solo optaron por ausentarse del escenario.

Impulsada por el inmediatismo político que conduce a los gobiernos a no adoptar políticas ambientales que puedan afectar el nivel de consumo o poner en riesgo inversiones extranjeras, en Argentina se ha establecido una verdadera *condicionante de insostenibilidad* destinada a asegurar que el accionar ambiental gubernamental nunca pueda ser un escoyo para las *estrategias productivas* de los gobiernos de turno, por más insostenibles que estas puedan ser.

Esta condicionante se traduce, por ejemplo, en las magras asignaciones presupuestarias para el sector ambiental, tal como lo ilustran los datos aportados en un reciente documento de la Fundación Ambiente y Recursos Naturales (FARN)² donde se afirma que:

El Presupuesto Nacional muestra cuáles son las prioridades en las políticas públicas. El cuidado del ambiente y los recursos naturales nunca han sido una de ellas. Entre 2013 y 2019, solo entre 1 y 2% de los fondos del Presupuesto Nacional se destinaron a la protección ambiental, con medidas cortoplacistas, pobres en instrumentación y bajas en presupuesto. Así, durante ese período, por cada USD 1 a favor del ambiente, se invirtieron USD 24 en actividades que lo degradan.

Condicionante de insostenibilidad que también se traduce en un organismo ambiental nacional que ha navegado en el gabinete como un barco sin timón, con frecuentes cambios

² Documento FARN: El presupuesto ambiental entre 2013 y 2019: una historia de desfinanciamiento en: <https://farn.org.ar/archives/27404>

en su jerarquía institucional y dependencia; y con una agenda absolutamente subordinada a las hegemónicas agendas industrial, energética, minera y agroindustrial.

Es también la *condicionante de insostenibilidad* la que impulsa a la dirigencia política tradicional a recalcar, una y otra vez que las políticas ambientales tendrán como centro a los seres humanos. Aclaración por demás innecesaria si no fuera para confesar que, a la hora de promover el negocio como de costumbre, no será tenida en cuenta la indisoluble interdependencia existente entre los seres humanos y el resto de la naturaleza, que tan bien ha descripto Morin,³ al afirmar que: *...hoy sabemos que sólo podemos valorar verdaderamente al hombre si valoramos también la vida, y que el respeto profundo hacia el hombre pasa por el respeto profundo hacia la vida.*

Desde la restauración de la democracia no ha habido proyecto político que no haya manifestado su intención de unir al pueblo argentino y –paradójicamente- lo han tratado de concretar insistiendo con las recetas y proyectos que generaron y ahondaron las divisiones. Ninguno logró advertir que la crisis ecosocial exige respuestas que deben convertirse en causa común, en empeño primordial que posibilite unir a la sociedad argentina detrás de un verdadero proyecto de nación y que la llave para producir el urgente e indispensable cambio de rumbo se encuentra en las verdaderas políticas ambientales.

Si las políticas ambientales no se enfrentan a los mitos de la modernidad, como el individualismo, el crecientismo, el consumismo, la mercadetría y la tecnolatría, difícilmente podrán dar respuestas a los graves desafíos ecosociales que nos toca enfrentar.

Para lograr marcos estratégicos deberíamos estar hablando, dentro de la agenda ambiental, sobre temas tales como: límites biofísicos, la redefinición de la noción de progreso y sostenibilidad. Tendríamos que hablar sobre la inseparable dupla productivismo/consumismo que todo lo impregna; sobre la trampa del extractivismo. Tendríamos que hablar mucho menos del engañoso PIB y mucho más del ignorado *superávit ecológico*.

En *Laudato si* el Papa Francisco afirma que: *...la miopía de la construcción de poder detiene la integración de la agenda ambiental con mirada amplia en la agenda pública de los gobiernos.* Argentina no ha sido la excepción y la política ambiental con mayúsculas sigue siendo una gran deuda de nuestro sistema político que no ha advertido que la ecología hace tiempo que ha dejado su nicho científico en el campo de las ciencias naturales, para instalarse en el campo de las ciencias políticas y sociales, disputando el sitio hegemónico a la economía como *ciencia de crisis*, de allí que resulte un verdadero anacronismo su insistencia con las recetas de la economía de la corriente principal en lugar de apoyarse en las propuestas económicas que, abrevando en la ecología, plantean crear las condiciones para un nuevo tipo de macroeconomía que incorpore las realidades socio-ecológicas conduciendo al consumo, inversión y gastos gubernamentales a concentrarse en aquellas actividades capaces de crecer sin aumento en los flujos de recursos y energía, mientras se desalientan las actividades con impactos o consecuencias ambientales negativas. Una propuesta económica que promueva la búsqueda de un sustancial aumento en la

³ Morin, E. (1996). *El pensamiento ecologizado*. Gazeta de Antropología.

productividad natural de los recursos, la eliminación del concepto de deshecho y la inversión en el olvidado capital natural. Una propuesta económica orientada hacia un desarrollo que no imite los insostenibles modelos del mundo desarrollado y que además permita salir de la trampa del extractivismo.

Frente a los grandes desafíos que nos toca enfrentar tenemos la oportunidad -única e inaplazable- para iniciar una transición hacia otras formas de vivir, producir, trabajar, consumir, alimentarnos y desplazarnos. Existen condiciones objetivas para un cambio y en la sociedad crece el nivel de consciencia sobre la crisis ecosocial. La preservación de la vida, la actividad económica, el empleo, la solidaridad, la democracia y el bienestar de todos hoy requiere fusionar los conceptos de justicia social y justicia ambiental en una justicia ecosocial. Un nuevo tipo de justicia que, parafraseando a Marcellesi, sea capaz de reconciliar las luchas por llegar a fin de mes con las luchas por alcanzar una sociabilidad convivencial y un desarrollo verdaderamente sostenible.

Es en este contexto que el ecologismo emerge como una reacción contra un insostenible modelo productivista cuya defensa es tercamente ejercida por el sistema político tradicional y se constituye en alternativa al sistema. Un ecologismo que pone el contenido en el centro de la política, confiando en el poder transformador de las ideas, dando prioridad a los ideales políticos y la realización de estos, por encima de personalismos y mezquindades.

Una nueva y diferente política ambiental se está abriendo paso. Instalar a la *Ecología Política* como un espacio autónomo en el paisaje político argentino facilitará su llegada.

Por un progresismo progresista

Conocemos muy bien las diferencias ideológicas que separan a unos y otros. Invariablemente sus debates se materializan en un tablero bidimensional definido por los ejes izquierda-derecha y autoritarismo-democracia. Pero por encima de tales diferencias, neoliberales y progresistas coinciden en un punto: ambas corrientes de pensamiento consideran al *fracking*, la energía nuclear, las grandes represas, la minería a gran escala y las monoculturas de exportación como sinónimos de progreso y, en consecuencia, como actividades intrínsecamente buenas y dignas de los mayores esfuerzos. Ellos nunca se detienen a pensar en los costes ecosociales que acarrearán, ni toman en cuenta la merma de las reservas finitas de recursos naturales y energía, ni la saturación de la capacidad igualmente limitada de los ecosistemas para asimilar los desechos que resultan de sus procesos. Para ambas corrientes de pensamiento la producción presente debe crecer infinitamente desentendiéndose del perjuicio que ello conlleva para la producción futura, para un ambiente frágil, cada vez más amenazado y para las generaciones presentes y futuras.

Resulta absolutamente inconducente dedicarnos aquí a analizar críticamente las archiconocidas posiciones que neoconservadores y neoliberales adoptan sobre las cuestiones ecosociales. No ocurre lo mismo en el caso de aquellas corrientes de pensamiento del campo popular en las que el ecologismo político reconoce y valora sus experiencias en materia de inclusión social pero que - al no lograr desprenderse de los

resabios productivistas heredados de un anacrónico *desarrollismo* - parecen condenadas a proponer un *capitalismo con rostro humano* como única alternativa posible. Una verdadera paradoja del progresismo latinoamericano que, mientras condena las lacras del sistema, intenta encontrar respuestas proponiendo más de lo mismo.

Al introducir los nuevos conceptos de solidaridad planetaria, intergeneracional y también interespecies, la *Ecología Política* interpela a los movimientos sociales y políticos *progresistas*, al afirmar que no se puede llamar progresista una ideología que no incorpora los nuevos conceptos de solidaridad y cuyas lógicas ideológicas aún descansan en postulados economicistas.

Lo cierto es que el progresismo vernáculo actúa como si en las últimas décadas no hubiera cambiado la realidad biofísica, como si el sistema capitalista no hubiera acelerado exponencialmente su accionar entrópico, configurando - a nivel global - un escenario de rebasamiento e inminente colapso. Sin proponérselo, el progresismo contribuye al proceso de hegemonización cultural de las subjetividades y adormecimiento de las conciencias - ahora con el apoyo de las nuevas tecnologías - para consolidar la idea y la sensación de que la única cultura viable es la del progreso capitalista.

Con una actitud si se quiere frívola ante las advertencias del ecologismo, siempre estigmatizado, el progresismo piensa que detenerse en la cuestión ambiental es un lujo que solamente pueden darse los países desarrollados; pero - como bien lo afirma Jorge Riechmann - si colapsamos no hay progreso y lamentablemente, estamos colapsando.⁴

Un buen ejemplo de oportunidad perdida para producir un cambio de rumbo verdadero fue lo acontecido en nuestro país en la última década con la aplicación de un modelo económico *neokeynesiano*, sin percibir que cuando Keynes publicó su obra *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936) en la que proponía sus respuestas a la *Gran Depresión* - obviamente - no se encontraban presentes las consecuencias del monumental choque contra los límites naturales iniciado a partir de la década del año 1950 y que hoy emergen como claros ejemplos de *fallo del sistema*.

Al aplicar mecánicamente las recetas *Keynesianas*, gobierno y sociedad hicieron suyos los ideales del *sueño americano*, hoy absolutamente inviable y no fueron capaces de incorporar las realidades ecosociales del siglo XXI mediante la generación de una demanda agregada concentrada en aquellas categorías capaces de crecer sin aumento en los *transumos*.⁵

Si los principales factores de la demanda agregada: consumo, inversión y gasto del gobierno hubieran sido direccionados de tal manera de distinguir entre aquellos agregados macroeconómicos que deben ser estrictamente limitados y los que pueden aumentar con el tiempo, sin impactos o consecuencias ambientales negativas, otro hubiera sido el resultado. Se hubieran abierto las puertas para romper las trampas del extractivismo, aumentar

⁴ Riechmann, J. (2017). *El futuro no va a ser lo que nos habían contado... (reflexión sobre las perspectivas de colapso en el Siglo de la Gran Prueba)*

⁵ Flujos de recursos y energía (*throughput*)

drásticamente la productividad natural de los recursos y para revertir la destrucción actualmente en curso con programas de restauración que inviertan en el capital natural.

Sería oportuno que el progresismo pudiera reflexionar sobre las tres dinámicas que a corto plazo (lustros), pueden llevar a un desplome global: el *descenso energético*; el *pico de la deuda* y la *globalización fallida/Estados fallidos* tal como lo propone Riechmann.⁶

Sobre la primera dinámica advierte que nos encontramos en plena etapa de abrupto descenso en la energía neta del *sistema petróleo* al que asimila a la *hemoglobina* del capitalismo globalizado, descenso que puede llevarse por delante nuestro mundo en poco tiempo.

Sobre la segunda dinámica Riechmann - extrapolando el concepto de *pico del petróleo* al mundo financiero - menciona que nos aproximamos al *pico de la deuda*, momento que emergerá cuando cierto número de actores clave lleguen a la inevitable conclusión de que no habrá suficientes bienes y servicios futuros que puedan cubrir el enorme endeudamiento global actual con lo cual nos enfrentaremos con la quiebra del sistema financiero global.

Finalmente, la tercera dinámica emerge del fracaso de los sistemas de dominación social/gobernanza/gobierno que están dando lugar a implosiones destructivas y autodestructivas en la forma de ascenso de nuevos fascismos, guerras, etc.

Resulta evidente que la humanidad se está moviendo hacia un punto de ruptura de los sistemas sociales, económicos y ecológicos, aproximándose al naufragio del sistema-mundo productivista en el que vivimos; un sistema al que cada vez le quedan menos subterfugios para sobrevivir- para prolongar su agonía - marchando inexorablemente hacia su hundimiento y no por el accionar revolucionario de la clase obrera o de ninguna vanguardia iluminada, sino que es el sistema el que cava su propia fosa.

La anterior no significa que los cambios que pretendemos llegarán por generación espontánea, sino que, a partir de ahora, el sistema se quitará su pretendida máscara “humana” y comenzará a mostrar su verdadero rostro de barbarie; uno de cuyos más destacados emergentes será - sin lugar a duda - la neocolonización de la periferia, con la profundización del extractivismo y sus graves secuelas ecosociales. Lo que ya está ocurriendo.

Urge tomar conciencia de la permanente contradicción en la que el sistema intenta sumergirnos, como cuando frecuentemente se justifica la degradación del ambiente en aras de un supuesto progreso. Bien lo ejemplifica Alain Lipietz,⁷ cuando menciona que:

⁶ Riechmann, J. (2018). Antropoceno, Gran Aceleración y perspectivas de colapso ecosocial, documento electrónico: <https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-104576/2.%20Antropoceno,%20gran%20aceleraci%C3%B3n%20y%20perspectivas%20de%20colapso%20ecosocial.%20Jorge%20Riechmann.pdf>

⁷ Lipietz, A. (2008) *La Ecología Política, ¿remedio a la crisis de lo político? Documento electrónico:* <https://ecopolitica.org/ecologpolca-iremedio-a-la-crs-de-lo-polco/>

El ambiente que nos hace la vida posible, que puede ser fuente de la felicidad de estar en el mundo, este ambiente es lo que hacemos de él, es también lo que dejamos a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos, es la cuna y la casa que preparamos para acogerlos. Desear hijos, darles luz sin preocuparnos de un mundo degradado que les fabricamos: ¡qué contradicción!

Una prueba es la alienación que el sistema está provocando con su monocultura ideológico productivista que ve los escenarios futuros solo como una opción entre el progreso indefinido e infinito, sostenido en la idolatría tecnocientífica o la condena a una inevitable pobreza y marginalidad de las mayorías. Como si no fuesen ambas opciones parte de la misma fórmula.

El progresismo debe advertir - lo antes posible – que la dialéctica productivista-antiprodutivista se ha convertido en central y estructurante y que la cuestión ecosocial ha pasado a ser un factor determinante de las luchas y conflictos sociales actuales y futuros. Esta realidad conduce a la necesidad de reconsiderar el panorama sociopolítico heredado de la división binaria izquierda-derecha.

Mientras muchas ideologías y sus movimientos socio políticos vienen enfrentándose con la primera ley general y absoluta de la acumulación capitalista, basada en la explotación del trabajo; otros han centrado su accionar en combatir la segunda ley general y absoluta de la acumulación capitalista, basada en la degradación ambiental y ni unos ni otros parecen advertir que cualquier lucha que intente combatir solo una de estas leyes, mientras se perpetua la otra, será inefectiva.

Se requiere en consecuencia de la formación de una alianza que sea capaz de enfrentar ambas leyes simultáneamente. Una alianza que marcará la llegada de una fuerza histórica mundial y el inicio de una lucha que, más que cualquier otra, definirá el curso de la historia en el *siglo de la gran prueba*.⁸

⁸ *Siglo de la Gran Prueba*, es una expresión propuesta por Jorge Riechmann (2017) en: El futuro no va a ser lo que nos habían contado... Crisis y colapsos en el Siglo de la Gran Prueba.

Argentina: voces desde la grieta



En un escenario caracterizado por un complejo y entrelazado conjunto de factores que vertiginosamente nos acerca a un punto de ruptura ecológica, económica y social. En un mundo donde se exacerbaban las desigualdades, donde resulta escandaloso el nivel de concentración del capital y el poder, condenando a la inmensa mayoría a la miseria material, cultural y moral; no resulta extraño que - día a día - cobre mayor visibilidad, la grieta abierta en el seno de nuestra sociedad.

No nos detendremos aquí en analizar que ocurre en los bordes del abismo, ni en la caracterización de las corrientes en pugna, ni en sus diferencias y sus coincidencias; sino que proponemos detenernos para escuchar las voces que nos llegan desde lo profundo de la grieta. Voces que claman por la necesidad de impulsar una real transformación de nuestra sociedad. Voces que surgen como reacción contra un insostenible modelo productivista/extractivista cuya defensa es tercamente ejercida - por encima de sus disensos - por el sistema político tradicional. Sistema político que ha mostrado y muestra una notoria incapacidad para unir a los argentinos; para dar respuesta a las nuevas y complejas demandas de la sociedad; para ofrecer algo diferente del clientelismo, corrupción, dogmatismo y autoritarismo que han motorizado desde partidos políticos transformados en “partidos empresa” o “partidos máquina”.

Mientras las antinomias (muchas veces falsas antinomias) se multiplican, un nascente ecologismo político desarrolla un discurso diferente, de unidad ante las graves amenazas ecosociales que emergen de nuestros excesos. El ecologismo político no le habla a ningún sector concreto de la sociedad, sino a cada individuo en particular, desenmascarando la superideología productivista y al consumismo que le es inherente; al productivismo que arrasa con los recursos naturales y los servicios ambientales; al productivismo que, en lugar de terminar con la pobreza, la incrementa ya que ella resulta la consecuencia lógica de un sistema basado en la concentración.

El ecologismo político pone en tela de juicio la fantasía de crecimiento ilimitado que domina el discurso político y propone nuevas formas de pensamiento. Plantea que hoy no

basta con luchar por la justicia social, la soberanía política y la independencia económica, sino que además resulta indispensable luchar por la supervivencia. Plantea que de nada vale defender nuestros recursos naturales, si seguimos aferrados a métodos de desarrollo que han significado la negación de un uso racional de tales recursos y que sostenibilidad no es sinónimo de rentabilidad económica.

Uno de los mayores aportes del ecologismo político es el de introducir la cuestión del sentido de lo que hacemos, planteando preguntas fundamentales: ¿para qué? ¿por qué? ¿cómo estamos produciendo? ¿qué valor tiene el bienestar de una sociedad y de sus miembros si ese mundo no ofrece la viabilidad a largo plazo para las generaciones futuras y si no asegura la supervivencia en condiciones decentes?

Para cerrar la grieta hace falta un proyecto común, construido sobre los mejores valores humanos, capaz de movilizar la inteligencia y la energía a favor de la creatividad, capaz de renovar la democracia y rehabilitar la política. Tengamos la certeza de que ese proyecto no se encuentra a ambos lados de la grieta, sino que surge de lo profundo, en las voces de todos aquellos que hoy nos convocan para transformarnos en la generación que fue capaz de cambiar de rumbo, dejando atrás nuestro insostenible presente hacia una sociedad justa, sostenible y convivencial.

Para cambiar el rumbo: unir el campo verde



La codicia, imprevisión, irresponsabilidad y omnipotencia tecnocrática, todo nos condujo al descuido y la mala administración de la casa común; a un choque monumental contra sus límites naturales.

El desacople entre los sistemas de la Tierra y los sistemas humanos se manifiesta en la triple crisis antropogénica: energética, climática y de la diversidad biológica; todo ello entrelazado con un imparable proceso de concentración de la riqueza, con secuelas de hambre, exclusión y violencia social.

Los procesos autodestructivos en curso son inherentes a la superideología productivista que ha transformado a la mayor parte de la humanidad en adictos al crecimiento económico y en idólatras del mercado y la tecnología.

Encerrado en su falso dilema de *crecer o no crecer*, el sistema ha quedado atrapado en una verdadera paradoja: si no crecemos, el sistema colapsa y si seguimos creciendo, destruimos las bases físicas que hacen posible ese crecimiento y la vida misma.

La humanidad se está moviendo hacia un punto de ruptura de los sistemas sociales, económicos y ecológicos, aproximándose al naufragio del sistema-mundo productivista en el que vivimos.

En Argentina, el ecologismo político deberá entonces ayudar a nuestra sociedad a desarrollar *resiliencia* para sobreponerse a los desenlaces desfavorables que se avecinan, reconstruyendo sus vínculos internos mediante estrategias basadas - principalmente - en la adaptación, la autoorganización, la autocontención y la autosuficiencia, todo lo cual tenderá a reducir nuestra gran vulnerabilidad ecosocial.

Resulta de vital importancia que nuestra sociedad llegue a comprender:

- que por vez primera en la historia de la humanidad se presenta una amenaza real, un peligro mayor, de carácter global, que se cierne sobre todos los habitantes de la Tierra en la forma de una crisis ecosocial;
- que la vital y conflictiva interacción entre sociedad y naturaleza, reviste el carácter de contradicción suprema y, por lo tanto, debe ser analizada, más allá de lo estrictamente político, superando las divisiones partidarias, por encima de las diferencias ideológicas que separan a los individuos dentro de sus sociedades o a los Estados dentro de la comunidad internacional;
- que la naturaleza no es una fuente de suministros infinita de recursos físicos a ser utilizados para el beneficio de la humanidad, ni un infinito sumidero de los subproductos del desarrollo y del consumo de esos beneficios, en la forma de varios tipos de polución y de degradación ecosférica.
- que la finitud de nuestra casa común nos impone límites naturales, tanto para el aprovechamiento de recursos naturales, materiales y energía, como para la asimilación de desechos;
- que el progreso humano no consiste en rebasar sistemáticamente los límites naturales sino en saber adaptarse a ellos;
- que existen condiciones objetivas que demuestran que el crecimiento económico - tal como lo hemos conocido - ha terminado;
- que las restricciones cuantitativas que impone la ecósfera y las consecuencias trágicas de los excesos, necesariamente conduce a una revisión fundamental de la conducta humana y - en consecuencia - de la estructura entera de la sociedad actual;
- que un cambio de sociedad - nos guste o no - es inminente, inevitable, y - si no nos preparamos adecuadamente - probablemente brutal; y
- que estamos recorriendo una etapa de transición desde una sociedad insostenible: productivista/consumista; hacia una sociabilidad convivencial y un desarrollo verdaderamente sostenible.

Todo indica que necesitamos cambiar de raíz nuestra forma de vida y los valores que nos guían, no obstante, los grandes cambios se topan con dos obstáculos titánicos: *la inercia de*

*nuestro actual modo de vida y los intereses de los grupos privilegiados.*⁹ Ellos son los que han logrado - hasta el presente – impedir que maduren las condiciones para producir un indispensable cambio de rumbo.

Enarbolando los más variados y disparatados argumentos, en nombre del “realismo” y el “pragmatismo”, la dirigencia política tradicional ha validado y valida cuanta aventura extractivista se nos propone desde los centros del poder económico internacional y es en tal escenario, que la *Ecología Política* debe irrumpir como una nueva y vigorosa corriente de pensamiento y acción, capaz de llenar el vacío de alternativas a la altura de las circunstancias y debe hacerlo para cambiar el rumbo antes de que el deterioro ambiental y la consecuente declinación económica lo hagan imposible.

El ecologismo político, para convertirse en alternativa, debe instalar en la agenda política nacional el debate sobre los objetivos impuestos por la actual etapa de transición: de la economía del siempre más, a la economía de lo suficiente; de la exclusión social, a la justicia ecosocial; del darwinismo social, a la convivencialidad; de los combustibles fósiles, a las fuentes renovables y limpias; de la agroindustria, a la agroecología.

El proceso de desglobalización económica es el resultado previsible e inevitable de la transición energética. Es en este nuevo mundo que habrá que aprender a “vivir con lo nuestro”, lo cual - en clave ecologista - debe sonar como: *vivir con una Huella Ecológica que nunca supere la propia Biocapacidad.*

Frente al campo productivista - en el que se desenvuelven las organizaciones políticas tradicionales de nuestro país - se abre un nuevo campo: el *campo verde*, que, sin ser cuantitativamente importante, atesora el poder transformador de una nueva ideología para el siglo XXI: la *Ecología Política*.

Es en este campo verde que podemos encontrar diferentes expresiones del ecologismo político, el ecofeminismo, el ecopacifismo, el ecosocialismo, el ecologismo profundo y el indigenismo. Pero también podemos encontrar organizaciones sociales y políticas que, en la medida que aumenta su preocupación por la cuestión ambiental, comienzan a desprenderse de las concepciones productivistas, para ir internándose en el campo verde. Entre estas corrientes de pensamiento se destacan el ambientalismo reformista que se expresa mayoritariamente en las organizaciones no gubernamentales ambientalistas; el ecologismo social que se hace presente en muchas de las organizaciones sociales; las corrientes ético religiosas y todos aquellos que levantan los valores, principios y acciones contenidas en la Carta Encíclica *Laudato si'*; los dirigentes y militantes peronistas que han hecho suyo y reivindican el Mensaje a los Pueblos y Gobiernos del Mundo de Perón; las organizaciones defensoras de los derechos humanos; las corrientes de pensamiento progresistas, de los movimientos de izquierda y del nacionalismo popular.

Hacer realidad las propuestas del ecologismo requerirá de la construcción de un amplio movimiento sociopolítico de nuevo signo, que emerja de la unidad del campo verde.

⁹ Manifiesto Última Llamada, documento electrónico:

<https://ultimallamadamanifiesto.files.wordpress.com/2014/07/manifiesto-ultima-llamada-2014-julio-v3.pdf>

Por la importancia que reviste en Argentina, resulta conveniente detenernos en el análisis de los puntos de coincidencia que existen entre ecologismo y ecoperonismo.

Ecoperonismo

El *ecoperonismo* es una doctrina cuyos puntos de referencia pueden encontrarse en la temprana propuesta de Perón: *La Comunidad Organizada* (1949); en el *Mensaje a los Pueblos y Gobiernos del Mundo* (1972); el *Mensaje a la IV Conferencia de Países no Alineados* (1973) y su obra póstuma: *El Modelo Argentino para el Proyecto Nacional* (1974).

Ecoperonismo: el legado no asumido

En 1972, con la publicación de *Mensaje a los Pueblos y Gobiernos del Mundo*, Perón invita a superar el esquema político clásico al incorporar una dimensión analítica que centra el debate en la cuestión ambiental. Mensaje que lamentablemente no ha sido plenamente asumido por la dirigencia peronista y escasamente rescatado en la literatura política.

Perón se mostró interesado en el proceso de nacimiento del ecologismo en las décadas de 1960 y 1970, pero sus inquietudes por la defensa del patrimonio natural, su visión sobre la realización del hombre y su crítica a los sistemas hegemónicos pueden encontrarse muchos años antes. Es así como en 1949 en “La Comunidad Organizada” citando a Rabindranath Tagore, sostenía: *...el mundo moderno empuja incesantemente a sus víctimas, pero sin conducirlos a ninguna parte. Que la medida de la grandeza de la humanidad esté en sus recursos materiales es un insulto al hombre.*

En su carta al Secretario General de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim y en su “Mensaje a la IV Conferencia de Países no Alineados”, realizada en Argel en Septiembre de 1973, Perón sienta las bases de un proceso político basado simultáneamente en el desarrollo económico, la justicia social y la protección ambiental. Resulta contundente al advertir que la cuestión ambiental *...en su conjunto, no es un problema más de la humanidad, es el problema.*

En lo que puede considerarse su testamento político – “*El modelo argentino para el proyecto nacional*”, de mayo de 1974 - sostiene que resulta paradójico

...observar cómo en un mundo que siente cada día con mayor fuerza la presión de la escasez de los recursos primarios, algunas concepciones tratan por todos los medios de fomentar el consumo en forma irracional y dispendiosa. Esto no solo torna cada día más oscuras las posibilidades de las generaciones futuras, sino que refuerza los lazos de dependencia especulativa de grupos e intereses privados reñidos con el interés de la comunidad.

A lo anterior podríamos sumar las reiteradas denuncias sobre la falacia que implica pensar y actuar como si habitáramos un planeta inagotable; como si la vida fuese una lucha donde sólo los más aptos deben sobrevivir; como si el mercado fuese la respuesta a cualquier

pregunta, corrigiendo por sí solo todas las diferencias económicas y las injusticias; como si fuese cierto que cuanto más se consume, mejor somos; como si el fin económico justificara los medios militares o como si el futuro no fuese de nuestra incumbencia.

Perón formula un llamado a los pueblos y los gobiernos para que despierte en ellos una conciencia ética ambiental que incline la balanza a la hora de tomar decisiones y de evaluar sus consecuencias. Analiza en profundidad y con amplitud las complejas e interrelacionadas cuestiones ambientales, económicas y sociales a partir de una comprensión holística.

Esta visión ecologista no puede ser confundida con un planteo ambientalista superficial y tecnocrático que solo puede inspirar a un grupo de presión condenado a quedar integrado como furgón de cola de un partido tradicional. Por el contrario, constituye un legado ideológico fundamental, el nervio motor de una nueva sociedad, de una nueva economía, de un nuevo paradigma.

Este legado ideológico nos advierte que hoy no basta con luchar por la justicia social, la soberanía política y la independencia económica, sino que además resulta indispensable luchar por la supervivencia. Que de nada vale defender nuestros recursos naturales, si seguimos aferrados a métodos de desarrollo que han significado la negación de un uso racional de tales recursos. Un legado que no permite confundir el concepto de sostenibilidad con el de rentabilidad en términos económicos y que exige una transformación profunda de la vida material, de la manera misma de producir, consumir y de compartir la vida de la comunidad.

En Argentina, el peronismo es la única expresión política tradicional que ha heredado un auténtico legado ecologista de su fundador y, en virtud de ello, su dirigencia tiene ante sí una disyuntiva crucial: ignora ese legado -y queda atrapada en un esquema político que no puede dar solución a las nuevas y complejas demandas de la sociedad- o, por el contrario, lo asume y se transforma en la fuerza política capaz de cambiar el actual rumbo de insostenibilidad uniendo voluntades...*por encima de las diferencias ideológicas que separan a los individuos dentro de sus sociedades o a los Estados dentro de la comunidad internacional*, con el objeto de construir una sociabilidad convivencial y un desarrollo verdaderamente sostenible asentado en cuatro pilares fundamentales: justicia ecosocial, independencia económica, soberanía política y prudencia ecológica.

Este legado nos advierte que hoy no basta con luchar por la justicia social, sino que también resulta indispensable luchar por la supervivencia. Que las luchas por llegar a fin de mes se encuentran firmemente unidas a las luchas para poner fin al ininterrumpido saqueo de los sistemas ecológicos de nuestro país. Que de nada vale defender nuestros recursos naturales, si seguimos aferrados a métodos de desarrollo que han significado la negación de un uso racional de tales recursos. Un legado que no permite confundir el concepto de sostenibilidad con el de rentabilidad en términos económicos y que exige una transformación profunda de la vida material, de la manera misma de producir, consumir y de compartir la vida de la comunidad.

Resulta interesante recordar el pensamiento de Perón, en el *Mensaje a los Pueblos y Gobiernos del Mundo*, vinculado a cuatro temas de fundamental importancia en el ideario ecologista: *límites naturales; crítica al sistema socio-económico hegemónico; al consumismo y a la tecnolatría.*

I - Los límites naturales

...los recursos naturales resultan agotables y por lo tanto deben ser cuidados y racionalmente utilizados por el hombre.

La humanidad está cambiando las condiciones de vida con tal rapidez que no llega a adaptarse a las nuevas condiciones. Su acción va más rápido que su captación de la realidad y el hombre no ha llegado a comprender, entre otras cosas, que los recursos vitales para él y sus descendientes derivan de la naturaleza y no de su poder mental. De este modo, a diario, su vida se transforma en una interminable cadena de contradicciones.

Lo peor es que, debido a la existencia de poderosos intereses creados o por la falsa creencia generalizada de que los recursos naturales vitales para el hombre son inagotables, este estado de cosas tiende a agravarse.

II - La crítica al sistema socioeconómico hegemónico

La modificación de las estructuras sociales y productivas en el mundo implica que el lucro y el despilfarro no pueden seguir siendo el motor básico de sociedad alguna, y que la justicia social debe erigirse en la base de todo sistema, no sólo para beneficio directo de los hombres sino para aumentar la producción de alimentos y bienes necesarios; consecuentemente, las prioridades de producción de bienes y servicios deben ser alteradas en mayor o menor grado según el país de que se tratare. En otras palabras: necesitamos nuevos modelos de producción, consumo, organización y desarrollo tecnológico que, al mismo tiempo que den prioridad a la satisfacción de las necesidades esenciales del ser humano, racionen el consumo de recursos naturales y disminuyan al mínimo posible la contaminación ambiental.

III - La crítica al consumismo

Las mal llamadas “sociedades de consumo” son, en realidad, sistemas sociales de despilfarro masivo, basados en el gasto porque el gasto produce lucro. Se despilfarra mediante la producción de bienes innecesarios o superfluos y, entre estos, a los que deberían ser de consumo duradero, con toda intención se les asigna corta vida porque la renovación produce utilidades. Se gastan millones en inversiones para cambiar el aspecto de los artículos, pero no para reemplazar los bienes dañinos para la salud humana, y hasta se apela a nuevos procedimientos tóxicos para satisfacer la vanidad humana. Como ejemplo bastan los autos actuales que debieran haber sido reemplazados por otros con motores eléctricos, o el tóxico plomo que se agrega a las naftas simplemente para aumentar el pique de los mismos.

No menos grave resulta el hecho de que los sistemas sociales de despilfarro de los países tecnológicamente más avanzados funcionan mediante el consumo de ingentes recursos naturales aportados por el Tercer Mundo. De este modo el problema de las relaciones dentro de la humanidad es paradójicamente doble: algunas clases sociales –las de los países de baja tecnología en particular– sufren los efectos del hambre, del analfabetismo y las enfermedades, pero al mismo tiempo las clases sociales y los países que asientan su exceso de consumo en el sufrimiento de los primeros tampoco están racionalmente alimentados, ni gozan de una auténtica cultura o de una vida espiritual o físicamente sana. Se debaten en medio de la ansiedad y del tedio y los vicios que produce el ocio mal empleado.

IV - La crítica a la tecnolatría

El ser humano, cegado por el espejismo de la tecnología, ha olvidado las verdades que están en la base de su existencia. Y así, mientras llega a la Luna gracias a la cibernética, la nueva metalurgia, combustibles poderosos, la electrónica y una serie de conocimientos teóricos fabulosos, mata el oxígeno que respira, el agua que bebe y el suelo que le da de comer, y eleva la temperatura permanente del medio ambiente sin medir sus consecuencias biológicas. Ya en el colmo de su insensatez, mata al mar que podía servirle de última base de sustentación.

...la tecnología es un arma de doble filo; el llamado progreso debe tener un límite e incluso habrá que renunciar a algunas de las comodidades que nos ha brindado la civilización.

En definitiva, construyendo sobre las coincidencias es posible pensar en sumar voluntades con el objetivo común de cambiar nuestro insostenible rumbo actual. Coincidencias indispensables para construir un amplio movimiento político capaz de encabezar las luchas por alcanzar una sociabilidad convivencial y un desarrollo verdaderamente sostenible; una patria ecosocialmente justa; políticamente soberana, económicamente independiente y ambientalmente prudente.

Contribución al Manual de Zonceras Argentinas y por qué no mundiales

En 1968, Arturo M. Jauretche publicaba el *Manual de Zonceras Argentinas* y nos decía que:

Descubrir las zonceras que todos llevamos dentro es un acto de liberación; es como sacar un entripado valiéndose de un antiácido, pues hay cierta analogía entre la digestión alimenticia y la intelectual. Es algo así como confesarse o someterse al psicoanálisis que son modos de vomitar entripados- siendo uno mismo el propio confesor o psicoanalista. Para hacerlo sólo se requiere no ser zonzos por naturaleza; simplemente estar solamente azonzado, que así viene a ser cosa transitoria, como lo señala el verbo.

Basta revisar el índice de la obra para apreciar el amplio y completo universo de las zonceras abordadas por Jauretche, la mayoría de ellas plenamente vigentes como, por ejemplo:

- La Zoncera de "Civilización y barbarie"
- La Zoncera de "El mal que aqueja a la Argentina es la extensión"
- La Zoncera de "La nieve contiene mucha cultura"
- La Zoncera de "Este país de m...."
- La Zoncera de "La inferioridad del nativo"
- La Zoncera de la "División Internacional del Trabajo"
- La Zoncera de "El milagro alemán"
- La Zoncera de "Pagaré ahorrando sobre el hambre y la sed de los argentinos"
- La Zoncera de la Sociedad Rural Argentina
- La Zoncera de la Unión Industrial Argentina
- La Zoncera de "La canasta de pan. El granero del mundo"
- La Zoncera de "Dice La Nación" ...; dice "La Prensa" (hoy Clarín, TN, etc, etc)

Pese al esfuerzo de Jauretche, que logró identificar y describir en su manual 44 zonceras argentinas, lo cierto es que desde 1968 hasta la fecha, las zonceras se han ido multiplicando de tal manera que se necesitarían agregar algunos tomos a su obra. En forma particular, destaco el crecimiento de las *Zonceras Productivistas* que merecen formar parte de una necesaria actualización del Manual de Zonceras Argentinas.

A manera de contribución propongo incorporar las siguientes:

1. Imaginar que la economía puede crecer de forma ilimitada en un mundo finito.
2. Imaginar que no existen los límites biofísicos.
3. Imaginar que puede existir el crecimiento sostenible.
4. Imaginar que el crecimiento económico es la mejor solución para los problemas ambientales.
5. Confundir permanentemente crematística con economía.
6. Imaginar que la teoría económica puede contraponerse con la segunda ley de la termodinámica.
7. Imaginar que el progreso es la constante superación de límites.
8. Imaginar que las necesidades humanas sólo se pueden satisfacer mediante la permanente expansión del proceso de producción y consumo, transformados en el fin último de la organización humana.
9. Imaginar que el consumo puede permanecer constante, o aumentar, con la declinación de los recursos no renovables, con tal de que se reinviertan las rentas de estos recursos en capital reproducible.
10. Imaginar que el PIB es el indicadore del verdadero progreso y del bienestar.
11. Confundir permanentemente carencias con necesidades.
12. Imaginar que la economía es un sistema cerrado.
13. Imaginar que la ciencia y la técnica podrán resolver cuanto problema se nos platee.
14. Imaginar que podemos agotar lo que hoy consumimos, porque antes de llegar a ese punto, el progreso tecnológico encontrará o inventará los sustitutos.
15. Imaginar que el mercado podrá resolver cuanto problema se nos platee.

16. Imaginar que lo que es bueno para el individuo es siempre bueno para la sociedad.
17. Imaginar que los precios de las materias primas o de los alimentos responden a los requisitos de la competencia perfecta.
18. Imaginar que la contaminación es una externalidad económica que puede ser corregida creando mercados.
19. Imaginar que los problemas ambientales se pueden resolver sin abordar las cuestiones políticas y sociales, como las cuestiones distributivas y de justicia social.
20. Imaginar que la crisis ecológica no existe en tanto puede ser resuelta mediante el ingenio humano y la libertad de mercado.
21. Imaginar que la forma de superar el desafío de la energía y del cambio climático mundial es mediante la tecnología.
22. Imaginar que existe eso que llaman derrame o goteo de la riqueza.
23. Imaginar que, desde cualquier punto de vista, el mundo está mejorando.
24. Imaginar que es posible la sustitución entre distintas formas de capital.
25. Imaginar que el único bien escaso es el dinero.
26. Imaginar que solo los recursos que son considerados escasos deben ser usados eficientemente.
27. Imaginar que la megaminería puede ser una actividad sostenible.
28. Imaginar que la agroindustria puede ser una actividad sostenible.
29. Imaginar que nuestra producción de alimentos seguirá permitiendo que cada vez podamos alimentar a más gente y por menos dinero.
30. Imaginar que las prácticas e insumos de la agricultura industrial no son comprobadamente perjudiciales para la salud humana o el ambiente.
31. Imaginar que el petróleo es eterno.
32. Imaginar que existen sustitutos para el petróleo.
33. Imaginar que las energías renovables pueden cubrir la demanda actual.
34. Imaginar que la energía nuclear es una fuente limpia.
35. Imaginar que un sistema que toma prestado contra el futuro sobre la base del crecimiento continuo puede ser sostenible.
36. Imaginar que podemos contraponer permanentemente una convención humana absurda como la del crecimiento espontáneo de la deuda [el interés compuesto] a la ley natural del decrecimiento espontáneo de la riqueza [entropía].
37. Imaginar que abiertos al mundo podemos mantenernos al margen del quiebre del sistema financiero global que comenzará a mostrar su verdadero rostro cuando los actores clave lleguen a la conclusión de que no habrá bienes y servicios futuros que puedan cubrir el monumental endeudamiento global actual.
38. Imaginar que la felicidad humana se basa en tener más.
39. Imaginar que las advertencias del ecologismo se sustentan en mitos sin base científica.
40. Imaginar que la competitividad es absolutamente todo, que la productividad es todo, que es la razón de vivir.

El pensamiento ecologista de Belgrano

Un 9 de junio de 1810 en el *Correo de Comercio* Manuel Belgrano reflexionaba sobre la conflictiva relación sociedad-naturaleza.

Todo se ha dexado a la naturaleza; más es, aun a esta misma, se ha tirado a destruir, si cabe decirlo así: por todas partes que se recorra en sus tres reynos, animal, mineral, y vegetal, sólo se ven las huellas de la desolación, y lo peor es, que se continúa con el mismo, ó tal vez mayor furor, sin pensar ni detenerse a reflexionar sobre las execraciones que mereceremos de la posteridad, y que ésta llorará la poca atención que nos debe.

Se supo que la lana de Vicuña, Alpaca, pieles de Chinchilla, de Nutria, de Cisne, eran objetos de valor; inmediatamente se toco á destruir sin consideración á los tiempos oportunos, y llegara el en que no existan frutos tan apreciables, no obstante que parezca paradoxa á los que sin meditar creen que son inacabables.

Parecieron los bosques como el inmenso mar respecto de la corta población que teníamos, y aún tenemos, si se atiende á los grandes territorios que poseemos, y sin atención á las consecuencias, no hay estación que sea reservada para los cortes: estos se ejecutan á capricho, y hemos visto á los Montaraces dar por el pie á un árbol frondoso, en lo mas florido de la Primavera, solo por probar el filo de la hacha; de modo que causa el mayor sentimiento al observador, ver tantos árboles muertos, á cuya existencia había siglos que ocurría la naturaleza: se presiente ya lo detestables que seremos á la generación venidera, si en tiempo no se ponen remedios activos para que los mismos propietarios no abusen de sus derechos, pensando sólo en aprovecharse del producto presente...la declamación es contra la general propensión que existe para destruir, y la ninguna idea para conservar, reedificar, ó aumentar lo que tan prodigiosamente nos presenta la naturaleza.

En este llamamiento para *conservar, reedificar o aumentar lo que tan prodigiosamente nos presenta la naturaleza*; Belgrano identifica las causas responsables de la crisis ambiental.

Plantea la existencia de límites naturales cuando señala que aquellos que explotan los recursos naturales sin miramiento alguno...*creen que son inacabables*, instalando un concepto que florecerá recién en la década de 1970 cuando se publica el *Informe Meadows* sobre los límites del crecimiento.

Cuando advierte que se necesitan remedios activos para que...*los mismos propietarios no abusen de sus derechos, pensando sólo en aprovecharse del producto presente*; cuestiona el concepto de un derecho a la propiedad absoluto o intocable, subrayando la función social de cualquier forma de propiedad privada; como así también denuncia el inmediatismo económico que se desentiende de las consecuencias futuras. Estos conceptos, por ejemplo, son los que el Papa Francisco introduce en su Carta Encíclica *Laudato' si* al afirmar que: *Los recursos de la tierra también están siendo depredados a causa de formas inmediatistas de entender la economía y la actividad comercial y productiva.*

Introduce en el debate a las generaciones futuras cuando menciona...*las execraciones que mereceremos de la posteridad, y que ésta llorará la poca atención que nos debe.* O cuando afirma que...*se presiente ya lo detestables que seremos á la generación venidera*, poniendo de esta manera en cuestión la falta de solidaridad diacrónica, conceptos que recién en la década de 1980 será básico para el diseño de la propuesta de un desarrollo sostenible.

La visión de estadista de Belgrano causa tanto asombro como desazón al constar que transcurridos más de dos siglos, la crisis ambiental, lejos de solucionarse, se ha multiplicado y que sus causas siguen siendo las mismas que él denunciara.